

§ 2.º—EL HISTORIADOR.

Su obra.—Armonía de su talento, sus opiniones y su obra.—Universalidad, unidad é interés de su historia.—Pintura de los *Highlands*.—*Jacobo II en Irlanda*—*El acta de Tolerancia*.—*La matanza de Glencoe*.—Huellas de amplificación y de retórica.

Comparación de Macaulay y de los historiadores franceses.—En qué es clásico.—En qué es inglés.—Posición intermedia de su espíritu entre el espíritu latino y el espíritu germánico.

No me propongo escribir aquí la vida de lord Macaulay; esa vida no podrá contarse hasta dentro de veinte años, cuando sus amigos hayan reunido sus recuerdos. Lo que hoy es público me parece ocioso recordarlo. Todos saben que tuvo por padre un filántropo abolicionista; que hizo los más completos y brillantes estudios clásicos; que á los veinticinco años adquirió celebridad con su ensayo sobre Milton; que á los treinta entró en el Parlamento y se distinguió entre los primeros oradores; que marchó á la India á reformar la ley, y á la vuelta fué nombrado para altos puestos; que un día, sus opiniones liberales en materia de religión le enajenaron los votos de sus electores, que le reeligieron con aplauso universal; que fué el publicista más célebre y el escritor más consumado del partido whig, y que por ello la gratitud de su partido y la admiración pública le hicieron lord y par de Inglaterra al fin de su vida. ¡Hermoso relato el de esa vida reverenciada y feliz, consagrada á nobles ideas y ocupada en empresas viriles, literaria por excelencia, pero bastante llena de acción y bastante aplicada á los asuntos prácticos para dar sustancia y solidez

á la elocuencia y al estilo, para formar el observador al lado del artista, y el pensador al lado del escritor! Yo no quiero describir ahora más que ese pensador y ese escritor. Dejo su vida; cojo sus libros, y abordo sus *Ensayos*.

§ 1.º—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS.

I

Son una colección de artículos, y confieso que me agrada esta clase de obras. Por el pronto, se puede dejar el volumen al cabo de veinte páginas; se puede empezar por el fin ó por el medio; allí no es uno servidor, sino amo; puede tratarse el libro como un diario, y, en efecto, es el diario de un espíritu. En segundo lugar, es variado: de una página á otra, pasáis del Renacimiento al siglo XIX, de la India á Inglaterra; esa diversidad sorprende y agrada. En fin, allí, involuntariamente, el autor es indiscreto; se descubre á nosotros, sin reservar nada de sí mismo: es una conversación íntima, y ninguna como la del más gran historiador de Inglaterra. Nos interesa observar los orígenes de ese potente y generoso espíritu; descubrir las facultades que han alimentado su talento y las investigaciones que han formado su saber, sus opiniones sobre la filosofía, sobre la religión, sobre el Estado y sobre las letras; conocer lo que era y lo que ha venido á ser, lo que quiere y lo que cree.

Sentados en un sillón, con los pies á la lumbre, á medida que volvemos las hojas, vemos dibujarse poco á poco, como sobre oscuro lienzo, una fisonomía animada é inteligente; ese rostro adquiere expresión y relieve; sus diversas facciones se explican y se aclaran unas á otras; á poco el autor revive para nosotros y delante de nosotros; penetramos las causas y la generación de todos sus pensamientos; prevemos lo que va á decir; sus modos de ser y de hablar nos son tan familiares como los de un hombre á quien vemos todos los días; sus opiniones corrigen y modifican las nuestras; toma su parte en nuestro pensamiento y en nuestra vida; está á doscientas leguas de nosotros, y su libro imprime en nosotros su imagen como la luz reflejada va á pintar en el confín del horizonte el objeto de donde parte. Tal es el encanto de esos libros que remueven todos los asuntos, que dan la opinión del autor sobre todas las cosas, que nos pasean por todas las partes de su pensamiento, y, por decirlo así, nos permiten dar la vuelta á su espíritu.

Macaulay trata la filosofía á la manera de los ingleses, como hombre práctico. Es discípulo de Bacon, y le pone por encima de todos los filósofos. Opina que la verdadera ciencia data de él; que las especulaciones de los pensadores antiguos no son más que juegos intelectuales; que durante dos mil años la inteligencia humana ha seguido un falso camino; que, hasta Bacon, no descubrió el fin hacia el cual debía tender y el método por el cual puede conseguirlo. Ese fin es lo útil. El objeto de la ciencia no es la teoría, sino la aplicación. El objeto de las matemáticas no es la satisfacción de una curiosidad ociosa, sino la invención de máquinas destinadas á aliviar el trabajo del hombre, á aumentar su poder para dominar la naturaleza, á ha-

cer la vida más segura, más cómoda y más feliz. El objeto de la astronomía no es suministrar materia para inmensos cálculos y para cosmogonías poéticas, sino servir á la geografía y dirigir la navegación. El objeto de la anatomía y de las ciencias zoológicas no es sugerir elocuentes sistemas sobre la naturaleza de la organización ó exponer á la vista el orden de los animales mediante una clasificación ingeniosa, sino guiar la mano del cirujano y las previsiones del médico. El objeto de toda investigación y de todo estudio es disminuir el dolor, aumentar el bienestar, mejorar la condición del hombre; las leyes teóricas no valen más que por sus usos prácticos; los trabajos de laboratorio y de gabinete no alcanzan su sanción y valor sino por el empleo que de ellos hacen los talleres y las fábricas; el árbol de la ciencia no debe estimarse más que por sus frutos. Si se quiere juzgar una filosofía, hay que mirar á sus resultados; sus obras no son sus libros, sino sus efectos. La de los antiguos produjo bellos escritos, frases sublimes, disputas infinitas, divagaciones hueras, sistemas derrocados por sistemas, y dejó el mundo tan ignorante, tan desgraciado y tan malo como le encontró. La de Bacon ha producido observaciones, experiencias, descubrimientos, máquinas, artes é industrias enteras. «Ha alargado la vida, ha disminuido el dolor, ha extinguido enfermedades, ha acrecentado la fecundidad del suelo, ha iluminado la noche con todo el esplendor del día, ha extendido el alcance de la vista humana, ha acelerado el movimiento y anulado las distancias, ha hecho al hombre capaz de penetrar en las profundidades del Océano, de remontarse al aire, de atravesar la tierra en vehículos que ruedan sin caballos, y el mar en naves que recorren diez nudos por hora contra el viento.» La una se consumió en dese-

frar enigmas indescifrables, en forjar los retratos de un sabio imaginario, en encaramarse de hipótesis en hipótesis, en precipitarse de absurdos en absurdos; prometió lo irrealizable, y, por desconocer los límites del espíritu humano, ignoró su poder. La otra, midiendo nuestra fuerza y nuestra debilidad, nos ha apartado de las vías cerradas para nosotros, á fin de dirigirnos á las abiertas; ha conocido los hechos y sus leyes, porque se ha resignado á no conocer su esencia ni sus principios; ha hecho al hombre más feliz, porque no ha pretendido hacerle perfecto; ha descubierto grandes verdades y producido grandes frutos, porque ha tenido el valor y la cordura de estudiar objetos pequeños y eternizarse en experimentos vulgares; se ha hecho gloriosa y potente, porque ha tenido á bien hacerse humilde y útil. La ciencia, antiguamente, no formaba más que pretensiones vanidosas y concepciones quiméricas, cuando se mantenía aparte, lejos de la vida práctica, y se presumía soberana del hombre. La ciencia hoy posee verdades, la esperanza de descubrimientos más altos, y una autoridad que va en continuo aumento, porque ha penetrado en la vida activa, y se ha declarado servidora del hombre. Que se encierre en sus nuevas funciones, que no intente penetrar en el dominio de lo invisible, que renuncie á lo que hay que ignorar. No tiene su objeto en sí misma; no es más que un medio; el hombre no está hecho para ella, sino ella para el hombre; se parece á esos termómetros y á esas pilas que construye para sus experimentos: toda su gloria, todo su mérito, todo su oficio es ser un instrumento.

«Un discípulo de Epicteto y un discípulo de Bacon, compañeros de camino, llegan á un pueblo donde acaba de declararse la viruela. Encuentran cerradas

las casas, suspendidas las comunicaciones, abandonados los enfermos, y á las madres sobrecogidas de terror y llorando por sus hijos. El estoico asegura á la población afligida que la viruela no tiene nada de malo, y que para el sabio la enfermedad, la deformidad, la muerte, la pérdida de los amigos no son males. El baconiano saca su lanceta y empieza á vacunar.—Ven consternada de espanto una cuadrilla de mineros. Una explosión de vapores deletéreos ha matado á varios de los que trabajaban, y los supervivientes no se atreven á entrar en la caverna. El estoico les asegura que tal accidente no es más que un simple ἀποπροηγμένον. El baconiano, que no tiene á su disposición palabristan bellas, se contenta con fabricar una lámpara de seguridad.—Encuentran en la costa un negociante náufrago que se retuerce las manos. Su embarcación acaba de zozobrar con un cargamento de un precio enorme, y en un instante se ve caer de la opulencia á la miseria. El estoico le exhorta á no buscar la felicidad en cosas que están fuera de él mismo, y le recita todo el capítulo de Epicteto: *A los que temen la pobreza*. El baconiano construye una campana de buzo, se mete en ella, baja y vuelve con los objetos más preciosos del cargamento. Tal es la diferencia entre la filosofía de las palabras y la filosofía de las obras (1).»

Yo no tengo que discutir esas opiniones; al lector corresponde censurarlas ó alabarlas, si lo estima oportuno; yo no quiero juzgar doctrinas, sino pintar un hombre; y en verdad, nada más saliente que ese menosprecio absoluto de la especulación y ese amor

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo III, pág. 118. Edición Tauchnitz.

absoluto á la práctica. Tal disposición de espíritu es completamente conforme con el genio de la nación; en Inglaterra un barómetro se llama todavía un instrumento filosófico; así, la filosofía es cosa desconocida allí. Se ven moralistas y psicólogos, pero no metafísicos; si se encuentra uno, como por ejemplo Hamilton, es escéptico en metafísica; no ha leído á los filósofos alemanes más que para refutarlos; mira la filosofía especulativa como una extravagancia de cerebros vacíos, y solicita la indulgencia de sus lectores por lo extraño del asunto, cuando procura hacerles comprender algo de las concepciones de Hegel. Los ingleses, hombres positivos y prácticos, excelentes para la política, la administración, la guerra y la acción, no son más dispuestos que los antiguos romanos para las abstracciones de la dialéctica sutil y de los sistemas grandiosos; y también Cicerón se disculpaba cuando trataba de exponer á su auditorio de senadores y de hombres públicos las profundas y audaces deducciones de los estoicos.

La única parte de la filosofía que agrada á los hombres de ese carácter es la moral, porque es también enteramente práctica y no se ocupa más que de acciones. No se estudiaba otra cosa en Roma, y todo el mundo sabe la parte que tiene en la filosofía inglesa: Hutcheson, Price, Ferguson, Wollaston, Adam Smith, Bentham, Reid y tantos otros llenaron el siglo último de disertaciones y discusiones sobre la regla que fija nuestros deberes y sobre la facultad que los descubre; los *Ensayos* de Macaulay son un nuevo ejemplo de esa inclinación nacional dominante; sus biografías, más que retratos, son juicios. Cuál es á punto fijo el grado de honradez y de falta de honradez del personaje, he ahí la cuestión importante á sus ojos; á ella refiere

todas las otras; no se preocupa dondequiera más que de justificar ó disculpar, acusar ó condenar. Ora hable de lord Clive, de Warren Hastings, de sir William Temple, de Addison, de Milton, ó de cualquier otro, atiende ante todo á medir exactamente el número y la magnitud de sus defectos ó de sus virtudes; en medio de una narración se detiene para examinar si el hecho que relata es justo ó injusto; le considera como jurista y como moralista, según la ley positiva y según la ley natural; tiene en cuenta, al juzgar á su autor, el estado de la opinión pública, los ejemplos que le rodeaban, los principios que profesaba, la educación que había recibido; apoya su opinión en casos análogos de la vida común, de la historia de todos los pueblos, de la legislación de todos los países; aduce tantas pruebas, hechos tan ciertos, argumentos tan concluyentes, que el mejor abogado podría tomarle por modelo; y cuando al fin pronuncia la sentencia, se cree oír el resumen del presidente de un tribunal. Si analiza una literatura, por ejemplo, la de la Restauración, instituye ante los lectores, para juzgarla, una especie de jurado. La hace comparecer, y lee la acusación; luego presenta la defensa, que trata de disculpar sus ligerezas y demasías; por último, toma la palabra á su vez y prueba que los razonamientos expuestos no se aplican al caso en cuestión, que los escritores acusados contribuyeron efectiva y premeditadamente á corromper las costumbres; que, no sólo usaron palabras inconvenientes, sino que, con desig- nio y propósito deliberado, representaron cosas inconvenientes; que siempre se esforzaron en borrar la odiosidad del vicio, en hacer ridícula la virtud, en incluir el adulterio entre las gracias y las proezas obligadas de un hombre de gusto; que esa intención

es tanto más manifiesta, cuanto que estaba en el espíritu del tiempo, y tales escritores lisonjeaban un extravío de su siglo.

Si yo me atreviese, como Macaulay, á emplear comparaciones religiosas, diría que su crítica se parece al juicio final, donde la diversidad de talentos, caracteres, categorías y empleos habrá de desaparecer ante la consideración de la virtud y del vicio, y donde ya no habrá artistas, sino un juez entre justos y pecadores.

La crítica en Francia es más libre, se halla menos supeditada á la moral y se parece más al arte. Cuando nosotros nos proponemos referir la vida ó representar el carácter de un hombre, le consideramos como un simple objeto de pintura ó de ciencia; no pensamos más que exponer los diversos sentimientos de su corazón, el enlace de sus ideas y la necesidad de sus acciones; no le juzgamos; no queremos más que representarle ante los ojos y hacerle comprensible á la razón. Somos curiosos y nada más. Nos importa poco que Juan ó Pedro fuese un pícaro; eso allá sus contemporáneos, que padecían con sus vicios, y no debían pensar más que en despreciarle y condenarle. Hoy estamos fuera de su alcance, y ha desaparecido el odio con el peligro. A esta distancia y en la perspectiva histórica, yo no veo en él más que una máquina espiritual, provista de determinados resortes, puesta en acción por un impulso primitivo y contrarrestada por circunstancias diversas: calculo el juego de sus motores, siento con ella el embate de los obstáculos y veo de antemano la curva que va á describir su movimiento; no me inspira aversión ni repulsión; he dejado esos sentimientos á la puerta de la historia, y saboreo el placer profundísimo y purí-

simo de ver obrar un alma según una ley definida, en un medio determinado, con toda la variedad de las pasiones humanas, con el orden y el encadenamiento que la construcción interior del hombre impone al desarrollo exterior de sus pasiones.

En un país donde tanto preocupa la moral y tan poco la filosofía, hay mucha religión. A falta de una teología natural, los espíritus se atienen á la teología positiva, y piden á la Biblia la metafísica que no da la razón (1). Macaulay es protestante, y, aunque hombre de un espíritu muy abierto y liberal, conserva á veces las preocupaciones inglesas contra la religión católica. El papismo pasa siempre en Inglaterra por una idolatría impía y por una servidumbre degradante. Desde las dos revoluciones, el protestantismo, asociado á la libertad, ha parecido la religión de la libertad, y el catolicismo, asociado al despotismo, ha parecido la religión del despotismo: las dos doctrinas han tomado el nombre de la causa que sostuvieron. Se ha concentrado en la primera el amor y la veneración que inspiraban los derechos que defendía; se ha convertido á la segunda el desprecio y el odio acumulados contra la servidumbre que quería introducir; las pasiones políticas han inflamado las creencias religiosas; el protestantismo se ha confundido con la patria victoriosa, y el catolicismo con el enemigo vencido; la preocupación ha subsistido después de cesar la lucha, y hoy aún los protestantes ingleses no tienen para las doctrinas de los católicos la benevolencia ó la imparcialidad que los católicos de Francia tienen para las doctrinas de los protestantes.

Pero en Macaulay el fervoroso amor á la justicia

(1) Tomo IV, pág. 102.